

Esta es la historia de la prodigiosa efigie de la bendita Madre de Dios que se venera con tan extraordinario culto en el Valle de Pompeya, transformado ya en centro de suspiros, de plegarias, de fervorosas preces, de ardientes súplicas, y de los más entusiastas votos de millares y millares de católicos que por mar y tierra, y por todos los puntos del globo, llenos de confianza se dirigen hácia Ella, entonando á todas horas y en todas las lenguas: *Spes nostra, salve.*

CAPÍTULO V.

LA PRIMERA GRACIA.

Mientras en el Valle de Pompeya trabajábamos, en la primera mitad de Febrero de 1876, para establecer canónicamente entre estos pobres campesinos la Cofradía del santo Rosario, y al efecto de lucrar las santas indulgencias tratábamos de erigir, siquiera provisionalmente, un altar á la Soberana Reina del Rosal místico, aconteció en Nápoles un suceso tan extraordinario, que en muy pocos dias se divulgó por toda la ciudad, corriendo de boca en boca hasta llegar á los oidos del Eminentísimo Cardenal Riarío Sforza, y esto fué causa de que se dijese

tambien por todas partes en la populosa capital, que se proyectaba levantar sobre las gentílicas ruinas de Pompeya un templo al verdadero Dios.

Tratábase de un prodigio, y se precisaba con todos los detalles el lugar del maravilloso acontecimiento: era el palacio marcado con el número 62, vía Tribunali: siendo lo más extraño del caso, que el agente sobrenatural interviniese en el hecho que vamos á narrar, precisamente desde el momento mismo en que se pronuncia en aquella casa la solemne promesa de contribuir á la edificacion de la iglesia que se pensaba levantar en Pompeya, quién sabe cuándo.

El hecho tenía por testigos no solo á la familia Lucarelli, bien conocida y apreciada en Nápoles, sino tambien á otras familias que habitaban el mencionado palacio, y muy en especial, á la Sra. D.^a Ana María Lucarelli,—q. D. h.—grande literata y artista, mujer de eximias virtudes y dechado de señoras cristianamente cultas.

El mencionado suceso, fué como la primera señal y una auténtica manifestacion con que el cielo patentizaba ya desde entónces á los napolitanos, cuán acepta le era á la Divina Madre la creacion de un templo consagrado á su divino Rosario en un lugar por tanto tiempo poseido del demonio. El insigne favor, era como

el esclavon de esa larga, de esa interminable cadena de gracias y favores que la soberana Madre de clemencia, con inusitada largueza y con una magnificencia superior á toda expresion, había de dispensar en lo sucesivo á los devotos de su santuario de Pompeya.

Al relatar el faustísimo acontecimiento, me atendré fielmente á la memoria escrita por la susodicha señora D.^a Ana María Lucarelli, que ha sido publicada por todos los púlpitos de la grande y religiosa ciudad.

Clorinda Lucarelli, preciosa niña de unos doce años y huérfana de padre y madre, venía sufriendo desde el mes de Agosto de 1874 horribilmente, á causa de los ataques epilépticos de que era víctima.

A pesar de los remedios de la ciencia, que con tanto cuidado se le prodigaban, arreció el mal en proporciones tales, que sumió á toda la familia en un mar de tristeza y de consternacion.

La tia de la desgraciada niña, la Sra. Lucarelli, que la quería y la amaba como á su propia hija, quiso consultar á uno de los más célebres facultativos de la ciudad, el ilustre Com. D. Antonio Carderelli. Este confirmó la opinion de los

demás insignes facultativos, que calificaron de carácter epiléptico las convulsiones de la niña, y prescribió la cura que su ciencia le indicaba como más ó menos provechosa, confesando á la vez, con grande sentimiento suyo, no poder asegurar á la afligida familia la perfecta curacion de la desventurada niña.

Al oír ésta tan desconsoladora noticia, palideció, y sin decir una palabra, inclinó su hermosa frente en acto de perfecta resignacion cristiana.

El primer día del hermoso mes de María, llevóla su tia á la iglesia de San Nicolás, donde se venera la prodigiosa imagen de la Virgen siempre pura, que en la gruta de Lourdes se definió á sí propia: *Yo soy la Inmaculada Concepcion*, para que la Madre de misericordia volviese á ella sus misericordiosos ojos y la librase del terrible mal que sufría. Dále su piadosa tia á beber el agua milagrosa, la inscribe en la religiosa asociacion intitulada «de Nuestra Señora de Lourdes», ora con todo el fervor de su corazon para que la divina Señora se apiade de la enferma, y despues de haber derramado su corazon ante el divino acatamiento, se levanta de la oracion toda fortalecida, y vuelve á su casa llena de consuelo y de esperanza.

Pero Dios, en sus altos é inescrutables juicios, tenía reservado para otro tiempo y para el

cumplimiento de sus soberanos designios, el mostrar al mundo la omnipotencia suplicante de su santísima Madre.

Clorinda sentíase peor cada día; las convulsiones eran más frecuentes y más violentas: la acometían cada dos ó tres días, y no pocas veces todos los días, y aún repetidas veces al día.

Hiciéronla cambiar de aires, pero inútilmente, como quiera que por espacio de seis meses ni por el cambio de aires, ni por cuantas medicinas tomara, sintió pizca de mejoría; antes por el contrario, aburrida ya la enferma de tantos medicamentos y de su notoria ineficacia, dejó, sin decir á nadie, hácia el fin de Noviembre de 1875, toda medicina, desesperanzada de su virtud curativa.

La cariñosa tía, también cansada, ya como su sobrina, de la inutilidad de tantas recetas, y grandemente desconsolada viendo sin efecto todas sus promesas, sus votos, sus plegarias, haciendo como el último esfuerzo de su entrañable amor por la infeliz doliente, se dirige en espíritu á las peñas de Massabiell, á aquel santo monte que la Inmaculada Concepcion santificó con su presencia y glorifica todos los días con sus prodigios en favor de la humanidad doliente, y animada ante el maravilloso espectáculo de tantos y tantos como allí cada día recobraban su amada salud, se propone enviar á aquel

dichosísimo lugar á su amada enferma, confiando su cuidado á una Hermana de la Caridad, esperando que aquellas salutíferas aguas que á tantos dán la salud y la vida, se la darían también á su muy amada sobrina.

Pero ¿cómo dejar ni un solo momento apartarse de su lado á la que tan necesitada se hallaba de su continua asistencia, puesto que no ya tan solo de día, sino también de noche los terribles ataques del fiero mal la sorprendían á la infeliz, ocasionándola graves caídas y dejándola muy mal parada á consecuencia de éstas y de las contorsiones y sacudidas que recibía su delicado organismo, con incesante peligro de su vida?

Era la fiesta de la Purificación de la divina Madre, 2 de Febrero de 1876: y por la tarde, cuando en un momento la tía — que con tanto cuidado la vigilaba — la pierde de vista, se levanta presurosa, como si presagiase algo de siniestro, y vá en pos de ella. Y ¿cuál no sería su terror al hallarla junto al pozo con la cabeza metida en la herrada? Probablemente la niña fué á beber agua, y acometida en el mismo acto por las convulsiones, estaba en peligro de caer al pozo y ohogarse.

Al día siguiente sufrió cual nunca; desde la mañana hasta la noche fueron tan frecuentes y

tan violentos los ataques, que acababan con la niña, dejándola tan fuera de sí, que no conocía ni aún á las personas de su propia familia. Estaba su querida tia afligida sobremanera, y habíase apoderado tan grande desconsuelo de su corazon, que es imposible describirlo. En tan apurada situacion hallábase la señora Lucarelli, cuando fué á visitarla la condesa de Fusco, y hablando de unas y otras cosas, vino por fin á recaer la conversacion en el proyecto de una iglesia que se pensaba edificar en el histórico Valle de Pompeya, en honor del Smo. Rosario de María. Refirióla á este propósito algunos particulares extraordinarios con que el cielo favorecía los humildes principios de una obra tan santa. La indicó tambien cómo dentro de pocos dias se iba á establecer en el mismo lugar de tan tristes y luctuosos recuerdos, la cofradía del Santo Rosario, exponiéndose por vez primera, con tan faustísimo motivo, á la pública veneracion de los fieles de aquella comarca (cuyo abandono, bajo el punto de vista moral y religioso, era en extremo deplorable), una devota efigie de la divina Madre de clemencia.

Escuchaba el relato con atencion la afligida señora, y al propio tiempo sintió renacer en su corazon una tan viva esperanza, que la movió á prometer á la soberana Consoladora de los

afligidos que si á su amada sobrina la concedía el inestimable beneficio de la salud, consolándola por consiguiente á la vez á ella en su inmensa tribulacion, se obligaba á concurrir con verdadero celo á la realizacion de tan buena obra. Era de esperar que la Madre de piedad (á quien nadie jamás acude en vano), acogiese benigna los ardientes votos de la atribulada señora, siendo ésta y sus sobrinas, hijas predilectas de la benignísima Madre, como terciarias que eran, desde hace algunos meses, de la venerable Orden de Penitencia del ínclito patriarca Santo Domingo de Guzman.

La señora Lucarelli, llena de fé y de esperanza como no la había tenido hasta entónces, inscribiéndose entre los asociados para la edificacion del nuevo Santuario, exclamó con énfasis:

Condesa, si la Virgen del Rosario (á quien profeso devocion particular) tiene á bien atender á mis ruegos y conceder la salud á mi sobrina, aquí me tiene V. á su disposicion. Yo misma iré de casa en casa á recaudar las limosnas para la nueva iglesia de Pompeya. Por de pronto, aquí tiene V. mi óbolo, no ya de solos cinco céntimos al mes, sino de cincuenta; y en prenda de la oferta que haré cuando reciba la tan deseada gracia, le anticipo á V. la limosna correspondiente á todo el año.

La Soberana Reina de las Rosas místicas, que veía ya llegado el tiempo para manifestar á un mundo tan desleal, que corre veloz hácia su final ruina, su inmenso y misericordioso poderío, y que tal vez, como en las bodas de Caná, con su gran valimiento impetrara de su Unigénito la anticipacion de sus prodigios en esta tierra del sepultado paganismo, miró propicia á la atribulada y piadosa señora, y acogió, como Madre de clemencia, sus humildes al par que ardientes ruegos. Y ¡qué cosa más maravillosa! desde el mismo día, día verdaderamente de grata é imperecedera memoria, en que la santa y prodigiosa imágen se expuso á la pública veneracion de los pompeyanos, desde aquella faustísima y memorable fecha de 3 de Febrero de 1876, que es en la que finalmente quedó establecida aquí canónicamente la Cofradía del Santo Rosario, vióse libre Clorinda de los terribles insultos del temeroso mal (1).

(1) La noticia de este prodigioso acontecimiento, está tomada del atestado que escribió de su propio puño y letra la misma distinguida Sra. D.^a Ana María Lucarelli con fecha 3 de Abril de 1876, y que fué leído en los púlpitos de Nápoles el siguiente mes del mismo año: en la parroquia del Monte Santo, por el R. P. Carlos Rossi, de la C. de J.; en la parroquia de Santo Domingo Soriano, por el R. P. G. Altavilla, también de la C. de J.; en la Iglesia de San Cayetano, por el R. P. de Felice, Teatino; y publicado en el periódico «Y Figli de María,» Cuaderno IX, 15 de Junio de 1876.

Los insignes facultativos D. Marzio Castro-nuoso y D. Salvador Farina, que fueron los médicos de cabecera de la niña, no tuvieron ningun inconveniente en atestiguar solemnemente la gravedad del padecimiento de la enferma, bien así como la inutilidad de los medicamentos por ellos recetados, la rapidez del inesperado cambio, y la instantánea y perfecta curacion de su terrible mal. En la cual curacion, no pudiendõ explicarse con los remedios sugeridos por la ciencia, antes bien oponiéndose aquella á la prognosis y á todas las previsiones de esta, la irresistible fuerza de la lógica constriñe á los mismos médicos á reconocer y á confesar la directa intervencion del Agente sobrenatural.

Esto era lo que se le pedía á la ciencia, y se obtuvo, como claramente se vé por los dos certificados que á continuacion transcribimos:

1.º Certifico yo el abajo firmado, doctor en medicina y Cirujía, que la señorita Clorinda Lucarelli comenzó á padecer desde el mes de Agosto de 1874 inequívocos paroxismos de epilepsia central, los cuales hánse repetido, con intervalos más ó ménos breves, hasta el 3 de Febrero de 1876, y que desde ese día hasta la fecha no han vuelto á repetirse. Y es de notar que esta diagnosis acerca de la índole del padecimiento, no se apoya tan solo en mi opinion

particular, sino que tiene tambien en su favor la de la consulta de facultativos que, junto con el ilustre profesor Comendador D. Antonio de Martino, la asentaron por segura y cierta, y como tal fué reconocida y confirmada por otro profesor, el Sr. Cardarelli, y todos de comun acuerdo prescribieron el más enérgico tratamiento curativo farmacéutico é higiénico, como el aire puro de la campaña, alimentacion escogida, etcétera, etc. para la enferma; pero á pesar del método curativo y de todos los medios terapéuticos que la ciencia reconocía por eficaces, y la fueron aplicados con el mayor cuidado, eran frecuentes é intensas las convulsiones epilépticas, que la acometieron por todo el tiempo susodicho, y particularmente en los últimos meses. Y para que conste firmo el presente en Nápoles á 8 de Mayo de 1876. Marzio Castronuoso.

2.º Certifico el abajo firmado: que la señorita Clorinda, hija del ya difunto profesor Don Domingo, de edad de cerca de doce años, venía sufriendo desde há algunos años convulsiones epilépticas que repetidas veces, así de dia como de noche, la atacaban, hasta hace unos cuatro meses, sin que la ciencia pudiese asignar una causa proporcionada de tales efectos, y á pesar de las múltiples curas que se la practicaron; cuando de improviso, y sin hacer ningun uso de medicamentos,

sin ningun linaje de humanos remedios, ha pasado de un estado el más convulsivo á otro de perfecta salud, la cual todavía sigue disfrutando con la consiguiente admiracion de todos.

Todo lo cual yo firmo y atestigo bajo mi propia honra y mi conciencia, dispuesto á confirmarlo hasta con juramento.

Nápoles 4 de Junio de 1876.—Salvador Farina, profesor y médico de cabecera.

CAPÍTULO VI.

LA ARISTOCRACIA DE NÁPOLES.

Sucedió por ese tiempo, que pasando la Condesa de Fusco un dia por una de las calles de la ciudad, se encontró con la Sra. Lucarelli, que iba acompañada con sus sobrinas las Sritas. Laura y Clorinda, y ésta perfectamente buena.

Su tia, así que vió á la Condesa, llorando de consuelo, informó á esta, que estaba atónita y pasmada de lo que veía, del prodigio que acababa de obrar la Madre de misericordia en favor de su sobrina; y rebotando alegría, exclamó:

Aquí me tiene V.: yo por espacio de dos años he ido por todas las iglesias de Nápoles, pidiendo oraciones y más oraciones por la salud

de mi Clorinda; ahora iré por las mismas iglesias encomendando se den al Altísimo las más fervorosas acciones de gracias por el insigne y prodigioso favor que por la intercesion de su divina Madre la Santísima Virgen del Rosario, (que manifiesta ser su deseo se la dedique en Pompeya un nuevo santuario para asentar en él el trono de sus inagotables gracias) acabo de recibir de su divina liberalidad. Y en este mismo momento me dirijo al palacio de Su Eminencia, para noticiar al Cardenal el portentoso acontecimiento que tanta alegría me causa, así como en los días de mi desventura iba á comunicarle mis duelos.

Puede suponerse el lector nuestro júbilo, nuestra alegría, cuando vueltos á casa nos dió la Condesa la buena nueva del faustísimo acontecimiento.

Pasado aquel primer momento de indecible júbilo, y dado lugar á la reflexion, fué tan poderoso, tan vehemente el efecto que produjo en mi interior su recuerdo, que me dejó estupefacto y como absorto en la más profunda admiracion.

—¡Es posible — me decía yo sin salir de mi asombro — es posible que la soberana Señora agradezca tanto una obra de tan mezquinos principios! ¡Se digna obrar prodigios para autorizar la edificacion de una rústica iglesia para

comodidad de unos pobres campesinos!... Es cierto, por lo tanto, que le es muy acepta, si quiera, nuestra buena voluntad. Y siendo así, la cosa irá bien encaminada. ¿Querrá acaso la bendita Madre del Unigénito Divino se emprenda en seguida la fábrica? Pues sin demora pondremos manos á la obra.

Todas estas consideraciones, si por una parte nos consolaban y reanimaban nuestra pequeñez, por otra nos llenaban de confusion, porque aun deseando hacer mucho en poco tiempo, no alcanzábamos cómo podría llevarse á efecto tan hermoso pensamiento.

—El medio más á propósito y á la vez de éxito no dudoso, sería —decíamos entre nosotros— que la aristocracia napolitana, que es al par que rica muy religiosa, se aficionase á este proyecto. ¡Oh! si acometiese con verdadero empeño esta empresa, entónces si que marcharía bien la cosa, y nuestro plan muy en breve se vería realizado á las mil maravillas!

Pero ¿cómo penetrar en sus salones? ¿Cómo pasar ni áun los umbrales de sus palacios, á donde no tienen libre acceso sino personajes de alto rango y los que ostentan títulos nobiliarios?

Es verdad que ya se nos habían asociado la Sra. Fonton, la noble y piadosa duquesa de Casamássima, la duquesa de Messanella, la señora

D.^a Francisca De Dominicis (amiga de la señora Irbicella), la duquesa di Montynareale, la señora D.^a Rafaela Piria, la duquesa de Capracotta y otras de la Pía Union fundada por la Volpicelli. ¿Pero qué, si la nobleza de Nápoles es tan numerosa y tan dilatada?

Pues bien: aunque no desconocíamos se levantarían un sin número de dificultades para atajar nuestros pasos, no consiguieron estas amedrentarnos, antes bien nos sentimos tan fortalecidos y animados con la fuerza que nace de una fé viva en lo sobrenatural, que sin otra cosa nos echamos á recorrer las calles de la populosa ciudad, con firme propósito de hallar personas que tuviesen á bien suscribirse por solos *cinco céntimos mensuales*, á una obra que ya el cielo mostraba con prodigios ser de su agrado.

Volvió á la sazón la piadosa duquesa Mirelli de la Conferencia (que la Pía Union de Volpicelli solía tener mensualmente). Luego que la vió la Condesa, la invitó á que tomase el cargo de Celadora de la nueva obra. La rogó despues le indicase las familias de suposicion, á las que podría dirigirse para aumentar el número de suscripciones para la ejecucion del plan que nos habíamos propuesto.

—¿Quiére V. entrar en relaciones con la aristocracia napolitana?— respondió la duquesa

Mirelli;—pues diríjase V. á la marquesa Filiasi di Somma, que V. ya la conoce. Su madre, la princesa del Colle, ha sido la que ha propagado en Nápoles la devocion de los Quince Sábados del Rosario.

Es una santa esta buena señora, tan rica, emparentada con la principal nobleza napolitana, y lo que es más, muy propensa de suyo á erigir nuevos lugares de oracion y nuevos santuarios al Señor de la Majestad. Fuera de ésta, no sabría indicarle á V. otra que pudiese servirle de amparo y de guía.

Pareciónos el consejo de la religiosa señora como un rayo esplendoroso de luz, que en un momento, antes de un abrir y cerrar de ojos, disipa todas las oscuridades.

Y sin esperar más nos dirigimos al palacio de la susodicha marquesa Filiasi.

¡Oh qué dulce, qué grato me es ahora, despues de tres lustros, el recordar las palabras de un diálogo que tuvimos aquel día, del cual dependió que la nobleza napolitana fuese entre todas las clases sociales, la primera columna y el primer punto de apoyo y de sosten para la obra que Dios quería efectuar en Pompeya.

Dispensónos, pues, la ilustre señora, una cordialísima acogida, como si nos hubiese conocido

y tratado toda su vida. Luego que la informamos del objeto de nuestra visita y del plan que habíamos concebido, emitió su parecer con mucha franqueza.

—¡Ah! Han contraído Vds.—nos dijo— un compromiso muy grande, poniéndose al frente de una empresa no ciertamente muy fácil de llevar á cabo, teniendo especialmente en cuenta las muchas obras pías que se han iniciado en Nápoles, y que dejan de prosperar porque no reciben su jugo vital sino de la caridad de unas cuantas personas que son siempre las mismas, para este linaje de obras. Pues bien, ¿cómo quieren ahora aumentar el número de estas, cargándose nada menos que de la construcción de una iglesia..... en un campo casi puede decirse desierto..... léjos de la ciudad y en un lugar que ni siquiera pertenece á esta diócesis? No puedo disimularles cuán dificultoso, por no decir imposible, ha de serles la realización de semejante proyecto. He gastado la no despreciable suma de más de cincuenta mil francos en la fábrica de una iglesia en Foggia, y por fin la obra ha quedado suspensa. Bien conozco, además, la índole de los meridionales; son muy fervorosos en los principios; á nadie mejor que á ellos puede cuadrar el refran latino: *Initia fervent*; emprenden todo lo nuevo con

grande ardor; pero luego se cansan, ó bien por la muchedumbre de obras pías, ó bien porque han aparecido otras con el atractivo de alguna novedad. Quizá en los principios pueda V. hacer algo; pero luego, pasado ese hervor del momento cual un brillante cometa, todo se enfriará, sucediendo al ardor primitivo, una indiferencia glacial.

—Pero, señora,—le respondimos—si todas esas dificultades se las presentamos ya oportunamente á Monseñor el Obispo de Nola. Y ¿sabe usted cómo satisfizo el ilustre Prelado á todas nuestras objeciones? «Sois egoistas»—nos dijo;—«no miráis sino á vosotros mismos y á vuestro tiempo. Las iglesias no suelen ser obras de una generación. La basílica de San Pedro en Roma, y la del mismo glorioso Apóstol en San Petersburgo, no fueron terminadas sino después de tres largas centurias. Vosotros tendréis el mérito de haber comenzado la obra, otros vendrán, tal vez después de medio siglo, y acaso más, y tendrán el mérito de haber coronado felizmente lo comenzado por vosotros».

La marquesa, como era tan buena, al oír tan autorizado razonamiento, con que el santo Prelado satisfizo á nuestras dificultades, se contentó con decirnos:

—¡Ea! pues; por no desairarlos á ustedes y además para que yo también tenga mi mérito,

daré mi nombre. Pero muy poca cosa son cinco céntimos ¿Qué podrá hacerse con cinco céntimos mensuales? Siquiera las señoras debían suscribirse por cincuenta céntimos al mes. En cuanto á mí, quiero dar el ejemplo suscribiéndome con la oferta de cincuenta céntimos. Despues hizo se asociaran tambien su nuera, su hijo el marqués Don Luis Filiasi, y demás personas de su familia.

Finalmente, momentos antes de despedirnos de su amabilidad, nos hizo la siguiente cariñosa advertencia:

—No llameis—nos dijo—á ningun arquitecto para dirigir las obras de una fábrica que ha de hacerse á fuerza de céntimos, y que durará quién sabe cuántos años, pues de lo contrario, no tendreis apenas para el arquitecto. Hablo con conocimiento de causa, como que estoy ya escarmentada; pues habiendo invertido muchos miles de liras en la edificacion del Convento é iglesia del R. P. Luis de Casoria *sul Tondo di Capodimonte*, todo se halla paralizado, y lo que es peor, el pobre P. Luis pleiteando con el arquitecto, que reclama sus derechos.

—Pero señora marquesa ¿quién piensa en llamar á ningun arquitecto? le contesté yo sonriéndome. Para una iglesia rústica, que ha de servir para unos pobres aldeanos, no se necesitan

arquitectos. Ya nos arreglaremos sin necesidad de ellos. Tengo ya pensado irme con un albañil á alguna iglesia de por aquí cerca; tomaremos su medida, y sin otra cosa echaremos en Pompeya los cimientos de la nueva.

Así finalizamos nuestra entrevista. Al despedirnos diónos muchas tarjetas de visita, con nombres y señas de muchos parientes y amigos suyos á quienes, en su nombre, pudiéramos dirigirnos. Hizo además nos acompañara su mismo camareró á las casas del señor Conde de *Gigliano*, de la señora marquesa de *Rende*, del duque de *Bivona*, de la princesa de *Torella*, de la duquesa de *Salve*, de la princesa de *Gerace*, de la de *Angri*,—y en ésta nombramos Celadora á Miss Josephine Anastasio—, de la duquesa de *Éboli*, de la de *Gallo*, de la marquesa *Rulfo*, de la marquesa de *Calenda*, de la marquesa de *Guindomandri*, etc., etc.

Despues, por estas ilustres y nobilísimas damas, fuimos presentados á otras no menos ilustres y esclarecidas familias; y por la amabilidad del virtuosísimo duque de Capracotta—con quien en aquella ocasion estrechamos una cordialísima y fraternal amistad—tuvimos la dicha de conocer á los piadosos y nobles señores duque de *Paganica*, conde de *La Tour*, y duque de *S. Vito*; á las muy religicas señoras, duquesa de *Mayo*,

duquesa de *Tora*, marquesa de *Latiano Mayo*, marquesa de *Piscicelli*, marquesa de *Salandra*, marquesa d' *Ayala Valva*,—cuya sobrina, la señorita María d' *Ayala*, aún sigue desempeñando el agradabilísimo cargo de celadora de Nuestra Señora de Pompeya—y condesa de Balsorano. Por aquellos mismos días tuvimos la no menor dicha de conocer—bien que por caminos muy diferentes y del todo providenciales—y de asociar á nuestra obra, á la duquesa de Laurenzana, á la condesa Gaetani di Laurenzana, á la marquesa Bonelli, á la marquesa di Sant' Eramo á la princesa Pignone del Carretto y á la señorita inglesa Miss Mackleod, institutriz de la señorita doña Amalia Colonna, hija del príncipe Colonna di Stigliano, que al presente es una de las más fervientes celadoras del Santuario de Pompeya.

Pero á pesar de tantos nombres ilustres de la aristocracia napolitana, debo confesar ingenuamente que no toda la nobleza de Nápoles acogió con iguales demostraciones de agrado y de benevolencia nuestro proyecto; antes por el contrario, más de una vez hubimos de devorar amarguísimos desengaños. Mas no es razón que por unas cuantas defecciones deje yo de mostrar mi más profundo reconocimiento hácia la ilustre y caritativa aristocracia partenopea, que en su casi totalidad nos dispensó una benevolencia y

una confianza muy superiores á todas nuestras previsiones en favor de una obra á la sazón muy humilde y oscura, promovida por personas aún más oscuras y casi desconocidas, y que respecto de su éxito no éramos por lo mismo para ofrecer suficiente garantía.

Ved, pues, ahí cómo la soberana Emperatriz del Empíreo fijó su augusta mirada, siempre llena de misericordia, sobre la nobleza partenopea para que fuese la primera columna de su nuevo santuario de Pompeya.

No toca á nuestra pequeñez escudriñar los profundos designios de la sábia providencia de Dios; empero no podemos, menos de reconocer un hecho que, despues de quince años de ensayo, nos parece brilla con todos los fulgores de la evidencia, y es como la nota característica de este insigne santuario. Aludo, por supuesto, á la religiosidad con que en él se celebran los actos del culto católico. Bien puede ser que, por esa altísima Providencia, no tomando parte el pueblo napolitano, muy religioso ciertamente, y de generosos arranques, pero por su índole especial muy bullicioso y excesivamente inquieto, en las funciones religiosas que desde un principio venían aquí celebrándose, se observasen en éstas, aún en los días de mayor concurso, aquel decoro y aquella gravedad reverencial tan propios

y tan esenciales del culto divino, decoro y gravedad religiosos que, guardados constantemente en este santo lugar, hánse hecho, por la fuerza de una práctica interrumpida y por la elocuente enseñanza del buen ejemplo, como connaturales respecto de este pueblo y de otros circunvecinos. Y de ahí, sin duda, el que se observe inviolablemente, y á pesar de la inmensa muchedumbre que incesantemente acude á este santuario, el más profundo y religioso silencio, el silencio de la adoracion y de la oracion más elevada y fervorosa.

CAPÍTULO VII.

DÉJANSE SENTIR LAS PRIMERAS PUNZADAS DE LA ADVERSIDAD.

El ilustre profesor, mi estimadísimo amigo, D. José de Bonis, Arcipreste de Vallecorsa, ha escrito, con estilo novelesco, las primeras aventuras con que tropezamos al emprender en Pompeya esta obra de Dios, intitulado su libro *Espinas y Rosas de Pompeya* (1), título que es

(1) Giuseppe de Bonis, *Spine et Rose pompeyane*. Valle de Pompei, Scuola Tip. Editrice Bartolo Longo, 1887.

expresiva alusion al principio y á la máxima que constantemente dirijen todas las obras de Dios, pudiendo decirse con toda verdad, que constituyen su peculiar carácter y su distintivo (1), principio y máxima que muy en especial descuellan en este valle de funestos recuerdos en la santa y civilizadora obra de nuestra divina Madre, á saber: no hay triunfo, no hay victoria sin lucha, como tampoco hay rosas sin espinas. Al escribir esta historia, tendremos muy presente la verdad de ese principio, pues ésta hallará en aquella su más ámplia confirmacion.

Ya en la introduccion de esta humilde narracion — como recordará el lector — dejamos consignada la misma verdad cuando dijimos: «No ha habido triunfo del Santuario de Pompeya que no haya sido precedido de adversidades, ni gloria que no haya seguido á las humillaciones y abatimientos».....

(1) El misericordiosísimo Dios á las tribulaciones y angustias de la vida, suele mezclar de ordinario algunos goces. Lo cual se deja ver en todos los santos, en quienes nunca permite sean continuas ni las tribulaciones ni los goces, sino que sapientemente dispone sea su vida un maravilloso tejido de entrambos: *Enim vero misericors Deus mixtis rebus quedam etiam inenuda permiscuit. Quod certe in sanctis omnibus facit, quos neque tribulationes neque incunditates sinit habere continuas: sed tam de adversis, tam ex prosperis instorum vitam quasi admirabili varietate contertuit.* S. Joan. Chrysost., Homil. VIII. in Matth.